

Danza de ausencias

Jesús Campos García

PERSONAJES

LUISA

VISITANTE

RAMÓN

DON CARLOS

ADMINISTRADOR

DOÑA CAROLINA

LA MUERTE, EL ESQUELETO, EL HOMBRE DEL SACO

DANZA PARA VIOLÍN Y REVÓLVER

Habitación confortable y ordenada, con cierto aire burgués. En el centro, una mesa-camilla y dos sillones de oreja; en uno de ellos, LUISA, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, algo desarreglada, cansada, enferma. Poca luz, la que penetra por los visillos del mirador, y algún aplique de pared. En el magnetofón se escucha la «Partita n° 2 in D minor» para violín, de Johann Sebastian Bach.

Acceso de tos, pañuelo, jarabe, gotas... Llaman a la puerta.

LUISA.- Sí. Sí. ¿Quién es?

(Mientras se incorpora lentamente, vuelven a llamar.)

Sí. Sí. Ya voy.

(Se apaga la luz.)

¡Vaya por Dios! ¿Qué pasará ahora?

(Insisten en la llamada.)

Un momento, un momento. **(Para sí.)** Mira también que la oportunidad... **(Alzando la voz.)** Un momento, que se ha ido la luz. **(Tropieza con el revistero.)** ¡Ay! Leche con... No hay forma de que estén las cosas en su sitio.

(Al abrir la puerta, entra luz de luna desde el rellano de la escalera; algo menos que la que ilumina por el balcón.)

¡Ah! ¿Es usted? Vaya por Dios. No, no le esperaba. Claro, recibió mi llamada. Qué cabeza la mía, me olvidé por completo. No tenía que haber venido. Cuánto lo siento, cuánto siento haberle hecho venir. Ha sido un fallo imperdonable. Tenía que haberle avisado. Fue un mal momento, ya sabe. No es que llamara por llamar, no; pero, gracias a Dios, ya estoy muchísimo mejor. Y no es que me encuentre bien del todo, estoy algo indispuesta todavía; natural. Pero vamos, bien. **(Indecisión. Hace una pausa con la esperanza de que la visita se despida, pero no ocurre así.)** Bueno, no sé. También hay que ver la fatalidad. Créame que lo siento; siento mucho haberle molestado, lo siento realmente. No sé qué puedo hacer. En fin, si volviera a necesitarle... La verdad es que me precipité. De todos modos, supongo que no será la primera vez que le ocurre una cosa así. Y no es que quiera restarle importancia, no, no es eso. Bueno, espero que lo entienda. Y repito: le llamaré, le llamaré si fuera necesario.

(Pausa incómoda. Ruidos lejanos de tormenta.)

Si quiere pasar... Ya le digo que no hace falta, pero si quiere pasar y descansar un rato... Está todo revuelto y por si fuera poco, el fastidio del apagón; pero puede pasar y hacerme un poco de compañía mientras vuelve mi hijo.

(El VISITANTE entra en la habitación, y ella cierra la puerta.)

Pase, venga. No sé qué habrá pasado con la luz, debe ser general. Venga y siéntese aquí, aquí en la butaca estará más cómodo.

(Tropieza el VISITANTE con el revistero con el que antes tropezó LUISA.)

¡Cuidado! ¡Vaya por Dios! Perdona el desorden, pero estos días no estaba para nada y anda todo manga por hombro. Por aquí, venga por aquí. Hay que ver también la oportunidad. Siéntese aquí. Espere, voy a quitar esto de en medio. Tanto trasto... Es el revistero, lo trajimos de Roma; antes tropecé yo también. No sé para qué tanto estorbo, luego las revistas andan siempre tiradas por ahí... Pero, ya sabe, la manía de los recuerdos, se van comprando cosas... Bueno, perdona, no le he ofrecido nada, ¿le apetece tomar algo? No sé qué tendré, pero algo habrá por ahí... Por más que... ¡Qué barbaridad!, qué torpe soy, ¿cómo no se me habrá ocurrido antes? Le tengo a oscuras cuando, verá, para mí que debo de tener una vela por un cajón de éstos. **(Revuelve en los cajones del aparador.)** Pues hacía tiempo que no había apagones; no sé qué habrá podido ocurrir.

(Gran relámpago.)

Santa Bárbara bendita que en el cielo estás... **(Masculla la oración.)**

(Trueno seco.)

¡Vaya por Dios!, lo que nos faltaba, pues sí que está la noche... Claro, eso habrá sido. Seguro, es cosa de la tormenta. A mí no es que me impresionen, pero vamos, tampoco es que me hagan gracia. No comprendo cómo puede haber a quien le gusten. Aquí está, ¿ve?, sabía yo que tenía un cabo de vela aquí en el aparador. Y sin embargo, mire usted por dónde, a mi marido, Dios lo tenga en su Gloria, a mi marido le gustaban. Fue algo que nunca entendí; tantas cosas no entendía... pero le gustaban; fíjese: le gustaban las tormentas. ¡Qué hombre! Parece que lo estoy viendo. Y había que verlo: se ponía como loco; cuando había tormenta, se ponía a cantar... ¡Y cómo cantaba! ¡Santo cielo!, a voz en grito, como si quisiera echarle un pulso a los truenos. Siempre pensé que esos desvaríos eran cosas de la guerra; afición a la muerte y a la pólvora, ya sabe. Él sirvió de alferez de complemento en artillería; estuvo en el frente de Guadalajara. Lo que no encuentro son las cerillas. ¿Lleva usted fuego? **(Pausa.)** El caso es que debo tener una caja por aquí. No, deje, deje, espere, ya tengo yo.

(Prende la vela y, casi simultáneamente, vuelve la luz.)

Esto sí que es bueno, pues ni aposta, qué barbaridad, nunca me había pasado una cosa así. Qué coincidencia, las cosas que pasan. Esto me recuerda un verano en Lanjarón, en el Balneario. ¿Conoce el Balneario? Pues una noche... **(Le da un repeluzno y estornuda.)** ¡Vaya por Dios! He debido de coger frío. Claro, estaba amodorrada, estaba ahí con la manta y al levantarme... al abrir la puerta... Sí, eso ha debido ser. Bueno y que la estufa no calienta demasiado; como ayuda no está mal, pero cuando quitan la calefacción, se pasa francamente mal. La manía de encenderla y apagarla a fecha fija; debería ser según el tiempo que hiciera, pero no: de tal a tal día; y da lo mismo que te achicharres o te hieles, como a ellos les da igual... Dicen que es por la contrata. Y ahora no importa tanto, porque ya hace tiempo que no toco, pero cuando estaba en la orquesta, tenía la obsesión de que se me helaban los dedos. Hasta lo soñaba: soñaba que se me congelaban y no podía tocar.

Siempre me obsesionaron las manos, especialmente la izquierda. Cuando trajinaba en la cocina, qué angustia, siempre pensando en que podía accidentarme los dedos. **(Mirándose las manos.)** Y es lógico, han sido años y años almacenando aquí todo lo que soy: agilidad, velocidad, precisión... Han sido... Bueno, toda la vida trabajando para la música. **(Suspirando.)** Mal oficio. Si volviera a nacer... Si volviera a nacer volvería a hacer lo mismo; es muy ingrato, pero haría lo mismo. Le estoy aburriendo: hablo, hablo, hablo... Voy a sentarme yo también un rato, creo que me estoy esforzando demasiado. **(Se sienta lentamente en el otro sillón y se cubre las piernas con una manta de viaje.)** No, no es que esté mal, pero a veces me fatigo. La verdad es que estoy hecha una calamidad: artrosis, diabetes, la úlcera, la boca que la tengo fatal... una ruina. Pero qué quiere, aquí, aguantando. **(Queda un momento escuchando la música.)** ¿Le gusta? Fue mi primer concierto, mi padre lo grabó. Bueno, no el primero exactamente, yo había tocado ya antes en el Conservatorio, pero fue el primero que di como profesional. Qué revuelo. En casa se armó tanto lío como el día de mi boda. En la familia siempre hubo mucha afición. Una tía, hermana de mi madre, fue cantante profesional, y mi padre empezó piano, aunque luego lo dejó, pero vamos, que se vivía. Y qué miedo, pánico, no sentía las piernas; las manos sí, las manos estaban seguras, pero las piernas... Está mal, es injusto, las cosas deberían ser de otro modo; te pasas la juventud trabajando para expresarte con la música y luego no hay forma de disfrutar; esa horrible sensación de estar siempre examinándote. Porque ésa es la sensación, nunca estás relajada; a solas sí, pero en público es otra cosa. Se ha trastocado todo, es una obsesión, la perfección es una obsesión, y es importante, no digo yo que no, pero no puede ser lo fundamental; la emoción es lo fundamental; y eso, qué pocas veces... Se lo digo de verdad, qué pocas veces...

(Se produce de nuevo una pausa; en esta ocasión, cómoda, natural. Del VISITANTE apenas alcanzamos a ver la mano, enfundada en el guante, que descansa sobre el brazo del sillón.)

Por cierto, ¿a usted le gusta la música? A mí siempre me gustó; ya sabe, desde pequeña no se oía otra cosa en casa. Bueno, en realidad lo que siempre nos gustó fue la vida. Papá era un vitalista, él nos enseñó... Él nos dio el entusiasmo por la vida. Nos enseñó a vivir. Y la música ha sido eso: una forma de vivir intensamente. Es otro tiempo, la música es otra velocidad; hay que tener cierta sensibilidad, y no digo que a quien no le guste no sea sensible, no, no es eso. Hace falta tener cierta costumbre, educar el oído. Mi marido, el pobre, tenía un oído enfrente del otro; «tímpanos de hormigón», le llamaba yo. Nunca llegué a entender por qué me casé con él. A lo más que llegaba era al pasodoble... ¡Uhm, misterios! ¿Quién me iba a decir a mí que iba a pasarme la mitad de la vida junto a un cazador? Claro que era un buen mozo y a esa edad... Además, ya estaba empezando a tener complejo de soltera; entonces había que casarse, no es como ahora. Y nos casamos, vaya que si nos casamos; y no nos fue del todo mal. No, la verdad es que no fueron malos años; y aunque no teníamos nada que ver el uno con el otro, las cosas no nos fueron mal del todo, al menos hasta que nació Carlos. Hasta que tuve al niño todo fue estupendamente, después... las cosas fueron a peor. En fin, mejor dejarlo, los malos recuerdos más vale... Por cierto, Carlos debe estar al llegar; la hora que es, ya debe haber dejado a la novia en casa y seguro que viene para acá; aunque con la tormenta... A propósito, verá, yo quería pedirle, no es que quiera echarle, espero que lo entienda, pero no me gustaría que le viera aquí, se alarmaría y no quisiera preocuparlo. No es que tenga que marcharse precipitadamente, no, no es eso. Él suele entretenerse a tomar una copa con los amigos; claro que hoy, con la tormenta, como sabe que estoy sola... No me gustaría que si por casualidad se adelantara... Lo entiende, ¿no? Además, que no hay necesidad, si fuera necesario... pero ya le digo. Y que sólo me faltaba eso: se pasa todo el santo día dándome la lata con que me cuide, se empeña en que no estoy bien; para que encima se enterara de que le he llamado. Y no me molesta que me cuide, al contrario: me divierte.

(Comienza a llover fuertemente. Luego, durante el transcurso de la escena, amainará.)

Menos mal, mejor que descargue, una tormenta seca... Verá, le iba diciendo... ¡ah!, sí, lo que pasa es que desde que nos dejó su padre, él ha querido... pues eso, ocupar su puesto; siempre ha estado... vamos, que se ha sentido responsable. ¿Usted conoció a mi marido? Qué tonta, claro que lo tuvo que conocer, no había caído. Pues Carlos es igual de testarudo, a veces llega a resultar pesado, pero en el fondo he de reconocer que me divierte. Es difícil de explicar, pero haberlo tenido de niño, así, pequeño; haberle dado el pecho; haberle vestido; verlo crecer, que es que notas el tiempo más en él que en ti, porque en una pasan los años, pero en él... verlo día a día... Y de pronto, se te hace un hombre y te dice cosas como que no abras la puerta sin echar la cadena, o que te abrigues antes de salir; cosas tontas, pero que son las mismas que yo le decía. Y cuando me las dice, no, pero cuando me acuerdo, cuando pienso en mi hijo regañándome por andar descalza o por salir desabrigada, es que se me saltan las lágrimas. **(Quita la manta de sus piernas.)** Y ya sí, ahora debe irse. Créame que me resulta violento pedírselo, pero comprenda: no debe verle aquí. Lo siento, de verdad, estoy avergonzada de haberle hecho venir sin motivo. Bueno, tampoco sin motivo, hubo un momento en que sí, en un principio... pero en fin, ya pasó. Y le repito que me encuentro... vamos, que estoy bien. **(Levantándose.)** Le acompaño. **(Va hacia la puerta y, al ver que el VISITANTE no se incorpora, se detiene.)** Verá, creo que he sido bastante clara y espero que lo comprenda: no quiero que mi hijo le vea aquí. Insisto: ha habido un malentendido y soy la primera en lamentarlo, pero no puedo hacer otra cosa. Además, no entiendo, no acierto a entender su actitud. Si le he invitado a que pasara, ha sido sólo por cortesía; me parecía una desconsideración despedirlo en la puerta después de haberle hecho venir. Bueno, y también, por qué no decirlo, por charlar con usted. Me apetecía. Confieso que hay algo en usted que no sabría explicar; pero siento como si su compañía me hiciera bien. A pesar de todo, no quiero que se encuentre aquí cuando regrese mi hijo. Carlos no debe saber que le he llamado. **(Por momentos se pone nerviosa y pierde la compostura: a veces agresiva, a veces suplicante.)** Pero, pero ¿por qué no se marcha? ¿Qué es lo que quiere de mí? Lo siento, pero su comportamiento me parece totalmente irregular. Usted sabe lo unidos que estamos desde la muerte de su padre, se llevaría un gran disgusto si se enterara; no veo por qué tenemos que preocuparlo. Deme una razón, pero diga algo. Márchese, o dígame al menos por qué no se marcha. Deme una explicación.

Que yo le haya llamado no es motivo para que se comporte así. No, no, no, no, no, no, no puede, no puede hacerme esto. Va a conseguir ponerme nerviosa. No quiero ser descortés, pero si no se marcha... Si no se marcha... O bueno, mire, déjelo, es igual; si quiere, quédese... Me encuentro mal, me cansa todo esto, además, tampoco es tan grave. Me duele por Carlos, pero qué más da, tarde o temprano acabará por enterarse. **(Tras una pausa recupera el ímpetu.)** Por favor, márchese, se lo ruego. No debí llamarle. Sabía... Lo sabía. Sabía que esto iba a ocurrir. Fue un error. Por lo que más quiera, se lo suplico, por favor, márchese. Sólo va a conseguir que vuelva a sentirme mal. Estoy empezando a perder la cabeza. ¿Cómo quiere que se lo pida? Creo... Creo que voy a desmayarme. Márchese. **(Se desvanece, sin llegar a caer al suelo, al apoyarse en el respaldo de su sillón.)** No... no ha sido nada. Creo... Creo que ha sido... Ha debido ser... **(Se incorpora.)** No se preocupe. No, no es nada; ya... ya me encuentro mejor. Es la tensión, ¿sabe? Me ha ocurrido otras veces, me tomo una cosa de ésas y enseguida se me pasa. Tengo que cuidarme. Tiene razón mi hijo, a mi edad hay que estar más pendiente de cómo funciona todo.

(Lentamente, el VISITANTE eleva la mano derecha, en la que lleva un revólver.)

No... verá, a mí siempre... Bueno, siempre tuve la tensión baja.

(Chasquido del revólver. Alcanza brillantez el concierto. En LUISA se produce una transformación que, pasando por la resignación, llega a la serenidad.)

Buen concierto, ¿verdad? Qué bien está vivir. Agota, pero merece la pena. **(Habla lentamente, saboreándolo.)** Volvería a hacer lo mismo; si volviera a nacer, volvería a hacer lo mismo.

(La MUERTE dispara. LUISA acusa el impacto de la bala. Sonríe. Y se desploma en el sillón.)

(Tras una pausa.) Nunca tuviste buen oído, pero hay que reconocer que sabes disparar.

(LUIZA muere y LA MUERTE se alza con la guadaña y danza al compás que le marca EL ESQUELETO de un niño, con su tambor y su cencerro, mientras EL HOMBRE DEL SACO, con su carga de osamentas, cruza mirando a los espectadores.)

DANZA DE LOS VERANEANTES

Es de noche. Sentado en un banco del parque, un jubilado masculla algo ininteligible mientras escribe en un cuaderno. Va impecablemente vestido, y de su indumentaria se deduce que es verano.

Cada cierto tiempo se oyen pasar coches. Y a veces RAMÓN los sigue con la mirada.

Una vez acabado el escrito, arranca la hoja del cuaderno y se la guarda en un bolsillo mientras sigue hablando entre dientes. Luego, ya vocalizando, guardará en otro el bolígrafo y el cuaderno.

RAMÓN.- ¡Bicho! ¡Mal bicho! Un mal bicho, eso es lo que eres. Siempre has sido un mal bicho. Ahora, esto sí que no, esto ya es el colmo; con esto ya hemos acabado. Y te acuerdas, te vas a acordar, vamos que si te acuerdas. Una cosa así, atreverte a hacerme una cosa así. Además, de segundas, porque el año pasado conseguisteis que pareciera... no sé, un malentendido, pero este año... Pobre Luisa. Mejor que haya muerto, que para ver esto... Mejor muerta. Si la pobre viviera... A ella sí que la engañaste. Ahora que yo, bien que se lo decía: «Una mala mujer, una... una víbora».

Y mira, mira tú por dónde, al final van a quedar las cosas claras. Qué digo claras: ¡clarísimas! Más de lo que te esperas. Ya, ya verás. Tanta carantoña, tanta carita buena, que parecía que en su vida hubiera roto un plato, y la muy zorra... **(Con énfasis.)** ¿Señora? ¡Ja! ¡Señora de...! **(Pausa.)** Y te lo dije, mira que te lo dije: «Ésa va a lo suyo. Un bicho. No te dejes. Mira que te lía. Que te enreda». Y tú: «Pero si es una niña, pero hombre, mira que eres mal pensado. ¿Pero no ves que es una niña?, ¿qué malicia va a tener?». ¿Qué malicia? Pues ya lo ves. **(Pausa.)** No tiene corazón, ni... ni sentimientos; nunca tuvo sentimientos. Cuando le interesaba, mientras le interesaba, todo eran atenciones. Se desvivía. En cambio, mira, mira tú ahora. Parece que la estoy viendo, con aquella cara de víctima, dispuesta al sacrificio. ¡Menudo sacrificio!

(Un perro ladra reclamando atención. Sus acciones se sobreentienden por lo que RAMÓN dice o hace.)

(Dirigiéndose al perro.) ¿Y tú, qué? Tomando el fresco, ¿eh? **(Vuelve a lo suyo.)** Siempre fuiste muy confiada, y así nos fueron las cosas. Y lo sé, gran parte de la culpa... -no creas que no lo sé- gran parte de la culpa fue mía. Tenía que haberme negado en redondo. Tenía que haberme opuesto a esa boda, por muy urgente que fuera. Lo sé. Pero por no oírte...

(El perro vuelve a ladrar. Tras una pausa, ladra de nuevo.)

Hace calor, ¿verdad? Bueno, tampoco hace tan mala noche. Como ha llovido... Se podría dormir, seguro que aquí, en el césped, se podría dormir de maravilla. Probablemente a mí me costaría un ataque de reuma, pero estaría bien dormir aquí, ya lo creo. Al relente. **(Se levanta, se acerca al perro y lo acaricia.)** ¿Sabes? Cuando era joven -era yo un chaval-, pues un día pasé la noche en un jardín... **(Por un momento se le ilumina la cara.)** con una señora. No sé si estará bien contarle estas cosas a un perro, aunque, claro, tú ya... seguro que estarás al cabo de la calle. Debí de ser por esta época. Entonces los veranos eran

mucho más calurosos. También más fríos los inviernos. Todo era más... como tenía que ser. **(Pausa.)** Bueno, hombre, bueno. **(Nueva pausa.)** Pues sí, en un jardín. **(Se agacha y le rasca la cabeza al perro.)** Buen chico, buen chico. Va, que descansas; ahora, a descansar. Ha sido un placer haberte conocido. **(Sigue con la mirada el paso de los coches. De nuevo puesto en pie, camina por el parque.)** Si hay que hacerlo, hay que hacerlo; y cuanto antes, mejor. Además, de nada vale andar dándole vueltas. Estas cosas, lo mejor es hacerlas sin pensar. Eso, sin pensar; cuanto más se piensa, peor. No, no, no puede ser. No va a ser como el año pasado. No tengo que dudar. Esta vez va en serio. Tengo que darle un escarmiento. ¿No le importa, no? ¿No le importa lo que pueda hacer? Pues se va a enterar. A ver cómo se lo explica a esa pandilla de cotorras. ¿Qué espera, eh? ¿Qué se ha creído? ¿Que va a ser como el año pasado? ¿Que todo va a quedar en familia? Apañada va, si piensa eso. **(Repara de nuevo en la presencia del perro.)** Pero bueno, ¿qué haces aquí todavía?

(El perro le ladra festivo.)

¿Qué pasa, que te gusta hacer amistades? Míralo, qué sociable. Venga, ale, venga con tu dueño. ¡Venga! ¡Vete! ¿Se puede saber qué es lo que quieres? Anda, vete con tu dueño.

(RAMÓN vuelve a caminar hacia el banco. El perro le sigue. Se detiene y, supuestamente, también lo hace el perro.)

Venga, largo, perro. Venga, largo de aquí. **(Pausa.)** Venga, que te estarán buscando. **(Pausa.)** Bueno, como quieras.

(RAMÓN vuelve a andar. Cambia de dirección. El perro le sigue. RAMÓN da unos pasos y se detiene. Queda pensativo y se vuelve cariñoso hacia el perro.)

¿Qué pasa, estás solo? No tienes donde ir. **(Reacciona.)** ¡Gente de mierda! Habría que ir a la playa y barrerlos a todos con una ametralladora. Tanto estudio y tanta cosa para esto. ¿Qué?, se han ido de veraneo, ¿no? **(Acariciándolo.)** Pobre, pobre. Bueno, mira, tampoco tienes por qué preocuparte; tú no tienes por qué preocuparte. ¿Sabes?, eres un perro precioso. Tienes, sí, que hacerte a la idea de pasar unos meses malos pero, después, ya verás como alguien se hace cargo de ti, incluso puede que antes. Yo mismo, si pudiera, te llevaría conmigo. De verdad, en serio, no creas que te lo digo por cumplir. **(Acariciándole de nuevo.)** Venga... eh... eh... bonito... Y te dejo, venga, te dejo, que tengo cosas que hacer. **(Dándole una palmada.)** ¡Suerte!

(Se dirige de nuevo hacia el banco. El perro le sigue. Al advertirlo, se vuelve hacia él contrariado, aunque no agresivo.)

¿Pero se puede saber qué es lo que quieres? ¡Largo! No puedo hacer nada. Mira, lo siento. Yo... yo no puedo hacer nada. Si llevara comida... Pero no llevo. Así que déjame. Además, tengo que ir... a... a un sitio adonde tú no puedes venir. Venga, lárgate ya.

(El perro se le pone en dos patas y trepa sobre él. RAMÓN retrocede para evitar que le lama la cara.)

¡Ah, no, no! Eso sí que no. ¡Quita! ¡Quita!

(Casi se cae. Finalmente consigue deshacerse del perro.)

Pero bueno, qué confianzas.

(Se está sacudiendo la ropa, cuando el perro vuelve a intentarlo.)

¡Maldito chucho! ¡Quieres estarte quieto? **(Forcejeando.)**
Bueno, ya está bien. ¡Que te largues, te he dicho!

(Lo golpea con el bastón, e incluso le tira una piedra para alejarlo. El perro ladra lastimero mientras se marcha.)

Lo que me faltaba: además, un perro. **(Se sacude la ropa y se sienta en el banco.)** Es como cuando lo de la bandurria. Cinco asignaturas pendientes que le quedaron aquel verano, que por poco si pierde el curso; yo, con la pleuresía aquella, aunque ya estaba bastante mejor; los líos de la oficina, que fue por aquel entonces cuando lo de la suspensión de pagos y nunca sabías qué iba a pasar con la nómina; y, por si fuera poco, la madre que se empeña en que al niño hay que comprarle una bandurria. Y que hubo que comprársela, faltaría más. **(Pausa.)** Y es que siempre es lo mismo: tienes un problema y, ¡zas!, otro. Cuando vienen las cosas torcidas... Está visto, sí, que los problemas nunca vienen solos. Y todavía, si hubiera sabido reaccionar a tiempo... Pero ése, ése ha sido siempre mi mayor defecto. Y es que no se puede ser blando. Si me hubiera puesto en mis trece, no hubiera dado lugar a que llegaran las cosas adonde han llegado. Pero claro, tampoco vas a estar todo el día con la estaca en la mano. Y eso, eso es lo que pasa: te vas dejando, te vas dejando... y luego, cuando menos lo esperas, acabas pagando las consecuencias. Y es que se le daban todos los caprichos, al niño había que darle todos los caprichos, y ésa no es forma de criar a un niño. No, no es forma. Lo de la bandurria mismo. La ventolera que te entró de que el niño tenía que ser músico. ¡Menudo músico! Porque que tocara en la rondalla del colegio... mira, eso podía pasar. Pero un hijo mío tocando en la tuna... Se me cae la cara de vergüenza cada vez que me acuerdo. Siempre me faltó carácter. Lo sé. Tenía que haberme plantado, y ni bandurria ni gaitas. A quien se le diga: un tío como un castillo y todo el santo día por ahí tocando la bandurria. Mira, cariño, de verdad: no lo supimos hacer. Que no, que no es forma. Se crió hecho un blandengue, un calzonazos. Y claro, así pasó lo que pasó: que la primera lagartona que se le cruzó en el camino se hizo con él. Más infeliz que... ¡Ah! Y eso, porque ésa es otra: dándose las de hombre de mundo. El tuno, hombre de mundo.

¡Ja! Más tonto... Y la niña... La niña, menuda niña, más tocá que la barandilla del metro. Pero claro, tú más infeliz que tu hijo y tu hijo más infeliz que tú... Pues ya ves. **(Pausa.)** Cada vez que me acuerdo... Nada, que había que casarlo y que había que casarlo. Pues ahí lo tienes: ¡casado! Lástima de niño y de niña, no reventaran los dos. Y al fin y al cabo, el pobre... Pero ella, una serpiente venenosa, eso es lo que es.

(El perro ladra reclamando su atención.)

(Cansado.) Ya, ya sé que tú también tienes problemas. Todos tenemos problemas. Yo también. Por eso no puedo ayudarte. Lo siento. **(Pausa.)** Claro, como los perros no vais al cine... Si fuerais al cine o vierais la televisión, os enteraríais. ¿Has visto películas de indios?, ¿eh? Pues eso. Cuando los indios se ponen enfermos o están viejos, los dejan en medio del desierto y como si nada. ¿No lo sabías? Pues ya lo sabes. Así de terrible o así de fácil: según se mire. Como verás, lo tuyo no es tan grave, eres un perro abandonado, sí, pero un perro joven y fuerte. Sin mirar; fíjate lo que te digo: sin mirar, me cambiaba ahora mismo contigo. Que todos mis problemas fueran los tuyos. No, no digo que tu vida sea fácil. Ya, ya sé eso que se dice: «Una vida de perros». Pero tú, al menos, no tienes que vivir con la nuera. ¿Sabes lo que es vivir con la nuera? Pues esa suerte tienes. **(Vuelve a levantarse y, desentendiéndose del perro, camina hacia el bordillo de la acera.)** Ahora, que se va a enterar. Vamos, que si se entera. Que se haya atrevido otra vez este año... Es que esto ya es el colmo. Por supuesto que no pienso decirle ni media palabra. Eso es lo que ella quiere, que vuelva refunfuñando como el año pasado. Pero nada de eso, porque, ¿para qué?, por un oído le entra y por el otro le sale... Este año, nada de peleas ni de malas caras; este año se va a enterar de quién soy yo.

(Cruzan varios coches que RAMÓN sigue con la mirada.)

Y es que todo le da igual. Se haga lo que se haga o se diga lo que se diga, ella va a lo suyo. Vamos, que no repara en nada ni en nadie. Y bueno, al fin y al cabo, que no me haga caso a mí... Pero con Luis es que es lo mismo: lo tiene, al pobre, anulado por completo. Un cero a la izquierda, eso es lo que es. No tiene más vida que trabajar. Darle el sobre y chitón. Vamos, que no puede decir ni esta boca es mía. Él nunca fue muy allá, las cosas como son. Siempre estuvo muy enmadrado. Y que le falta espíritu. Ahora, no hay derecho, abusar así de una persona, y menos siendo un buenazo. Tonto de bueno, que eso es lo que es.

(Un coche que pasa junto al bordillo a gran velocidad, salpica a RAMÓN con agua de un charco. El perro ladra y se aleja corriendo tras el coche.)

¡Animal! ¡Loco! ¡Mira por dónde vas! Cómo me ha puesto. ¡El muy...! **(Se sacude el agua que le ha salpicado. Al reparar en la carrera del perro, le llama.)** Y tú, perro, ven aquí. A ver si te atropellan. ¡¡Perro!! **(Le silba.)** ¡Perro!

(Vuelve el perro, ladrando y cabriolando a su alrededor.)

Muy bien, valiente, así se hace. Buen chico. Sí señor. Buen chico. **(Pausa.)** Es de locos, cada uno va a lo suyo. Y de qué manera. **(Se agacha y acaricia la cabeza del perro.)** Lo que te decía: el año pasado ya me lo hizo. Y yo, tonto de mí, creí que había sido sin querer. Vamos, que me había perdido de verdad. Me llevaron al parque a dar una vuelta, me senté a descansar y, en un momento que me quedé traspuesto, cuando me quise dar cuenta, ya no estaban. Así, como te lo cuento: se habían ido y me habían dejado sin un duro en el bolsillo. **(Se incorpora y camina lentamente hacia el banco.)** Andando. Tuve que cruzar todo Madrid andando. Bueno, pues cuando llegué a la casa, estaba cerrada; ya no estaban allí: se habían marchado de veraneo. Qué vergüenza. Qué vergüenza pasé dándole explicaciones al portero.

Ya ni me acuerdo de lo que le dije para que no se lo figurara. Y luego en las monjas... Bueno, fue humillante. Prefiero no acordarme. Es bochornoso tener que admitir que tiene una familia así. Ahora, eso sí, cuando volvieron, había que verlos cómo venían: tan preocupados, buscándome por los albergues de caridad. Menuda hipócrita. A mí se me partía el alma por Luis; estaba el pobre... rojo de vergüenza. Él no es así, pero lo tiene dominado, totalmente anulado. ¡Ah!, y además, me controla el tabaco. Es que es tacaña como ella sola. Una cajetilla, me da el dinero justo para una cajetilla por semana. Así no se puede vivir. Y es que es en todo. No es que le estorbe en las vacaciones; es en todo. Cualquier cosa que tenga que pagarme, le duele como si se la arrancara de las entrañas. Me han hecho cada cosa... Y eso que no me acuerdo de la mitad, porque se me va la cabeza; pero me han hecho cada cosa... **(Se sienta en el banco y vuelve a acariciar al perro.)** Estoy cansado, perro, muy cansado. **(Pausa larga.)** ¿Qué te estaba yo diciendo? **(Reacciona.)** ¡Ah! Eso, verás: cuando dijo que se había quedado embarazada, yo ya me olí algo raro. Bueno, la verdad es que lo primero que pensé fue: «A saber quién será el padre». Pero el caso es que ella iba a cazarlo, y ya lo creo que lo cazó. Iluminó sus ojitos de serpiente encantadora y, vamos, si le cazó. **(Reacciona de nuevo.)** ¡Ah!, no, pero no era eso lo que quería contarte, sino del embarazo. Y es que, mira tú por dónde, luego resultó que no podía tener hijos. Veinte años casada y todavía estamos esperando al niño de la prisa. O sea, que si yo no hubiera cedido, pues se hubiera descubierto el pastel. Ésa, ésa es la causa de todo: nunca he sabido imponerme. Siempre supe lo que estaba bien y lo que estaba mal, pero jamás he sabido hacerme obedecer. Y no creas que es por debilidad, no, no es por debilidad sino por comprensión. Fíjate, para que veas lo que son las cosas: yo sabía, me figuraba, lo que iba a pasar; bueno, la verdad es que no llegué a imaginarme que pudiera atreverse a una cosa así, pero sabía, de eso estaba seguro, que era una mala persona. Pues con todo y con eso, me daba lástima; para que veas. De un modo u otro, lo cierto es que a mí también me enredó. Claro, que a mí es fácil enredarme. Ya ves, sin ir más lejos, contigo mismo hace un momento: te echo, te digo que te vayas, y aquí me tienes dándote conversación. Y ¿qué vas a hacer? Las cosas son difíciles... para todos. Eso siempre lo he sabido. Y hay que echarse una mano.

(Sigue con la mirada el paso de unos coches. Se incorpora con dificultad y camina una vez más hacia el bordillo.)

Estamos muy solos... muy solos. **(Reacciona.)** Te agradezco... De verdad, te agradezco que me hayas hecho compañía. Es un paseo éste muy difícil, y está bien tener cerca a un amigo. Entiendes, ¿verdad? **(Transición.)** Será divertido. Me gustaría ver cómo le explica a las amigas que se fueron de veraneo y se dejaron al abuelo olvidado en el parque. El año pasado lo consiguió. Consiguió que no se enterara nadie. Pero esta vez va a ser distinto; esta vez va a salir en la prensa. Además, llevo aquí una carta donde lo explico todo. No va a volver a salirse con la suya. Esta vez lo va a saber todo el mundo, ya lo creo. Y va a salir todo, todo va a salir a relucir.

(Se detiene junto al bordillo. Acaricia al perro y éste le ladra.)

En fin, hasta aquí hemos llegado. Compañero, ahora sí que es verdad que no puedes acompañarme. Te deseo mucha suerte. Eres... eres un buen perro. Y tienes muy buenos sentimientos. Y... muy buen olfato. **(Pausa larga.)** Gracias.

(Aguarda en silencio hasta que de nuevo pasa un coche. Salta a la calzada. Frenazo, golpe, silencio. Y aúlla el perro.)

(Brevísimos oscuros, apenas segundos, y el cuerpo de RAMÓN ha desaparecido. En su lugar se alza LA MUERTE danzando al son del tambor que toca EL ESQUELETO, mientras deambula cargado de osamentas EL HOMBRE DEL SACO.)

DANZA DE LA CHATARRA

Despacho de dirección: frontal de madera de raíz, suelo de mármol, mesa de despacho construida con chapa de hierro. Sobre la mesa, dos teléfonos, y en la pared un cuadro con una grúa de pinza que eleva la chatarra de un coche.

Sentado tras la mesa, DON CARLOS, en mangas de camisa con chaleco, al teléfono, toma notas, se despide, cuelga y queda pensativo.

DON CARLOS.- ¿Sí? (...) Sí. (...) Sí. (...) Sí. (...) Pues no. (...) Pues no. (...) Pues no. (...) Pues si es un capricho de tu madre, que se lo compre tu madre. (...) Tú haz lo que quieras. (...) No, pero si es más fácil, que cada uno le regale lo que quiera. (...) No te preocupes, tú no te preocupes, ya sabré yo qué regalarle. (...) ¿En contra? En absoluto. No tengo nada en contra de Luciano Butsi. (...) Te equivocas, me parece un gran profesional. A su manera, pero un profesional. (...) No, en serio, qué va a ser broma. Luciano es un chatarrero de postín, y de los mejores; qué digo de los mejores, el mejor. Qué más quisiera yo que vender mi chatarra al precio que la vende tu amigo. (...) Claro, claro que lo envidio, ¿qué chatarrero no quisiera ser Luciano Butsi? Lo envidio, lo admiro, todo lo que quieras, pero no esperes que suelte un puto duro. (...) Es inútil, no le des más vueltas, no voy a comprar un automóvil, qué digo un automóvil, ¡la chatarra de un automóvil!, que yo mismo le vendí en diez mil pesetas, no voy a comprársela ahora en ese disparate. ¿Cuánto has dicho que vale? (...) Pues eso. (...) ¡Aunque esté pintado de escarlata! (...) Pues si tu madre y tú tenéis el antojo de tener un Luciano Butsi en el jardín, lo colgáis de un árbol, pero a él, al mismísimo Luciano. Y si lo que queréis es un coche reventado, pintado de escarlata y puesto panza arriba, os venís las dos aquí, con un bote de pintura y os pintáis el que más os guste. ¿Entendido? ¡Ah! Pero aquí, ¿eh?, en el solar. No se os ocurra, ni de coña, ponerlo en el jardín, aunque lo firme gratis el mismísimo Luciano.

Yo, a casa, voy a descansar, ¿me oyes?, a descansar, y si me apetece sentarme en el porche, o darme un baño en la piscina, no quiero que me persiga, como una pesadilla, un coche reventado, por muy de escarlata que lo pintéis. **(Toma unas pastillas.)** De acuerdo, de acuerdo: no tengo sensibilidad; puede que para eso no tenga sensibilidad, pero soy muy sensible cuando me tocan la cuenta corriente. (...) Me da igual, me da exactamente igual cómo se cotice. (...) Precisamente. Precisamente por eso, porque lo miro como una inversión. Lo mío es eso. ¿O es que no lo sabes? Yo invierto en chatarra, pero pago a 50 pesetas el kilo, no a 50.000. (...) Vamos, que te parece barato. (...) Sí, ya, ya se nota, precio de amigos. (...) Pues por un poco más, la semana pasada compré doce tráilers suizos en muy, pero que en muy buen estado. (...) Doce tráilers, eso es. Por ese dinero, tu padre lo que compra son doce miserables tráilers; no para ponerlos en el jardín, claro, sino para venderlos con un discreto margen comercial.

(Suena el teléfono interior.)

Qué le vamos a hacer, tu padre no tiene sensibilidad para venderlos pintados de escarlata. (...) Mira, me da igual lo que pueda decir tu madre, y tengo que colgarte, que me llaman por el otro teléfono. (...) Como queráis, eso ya es asunto vuestro. (...) Me parece maravilloso. (...) Me parece maravilloso. (...) Pues yo ya, puestos así, le aconsejaría que no los cumpliera. Que ni los celebre ni los cumpla, eso ganaremos todos. (...) Adiós. (...) Adiós. **(Cuelga enérgicamente y descuelga el otro teléfono.)** Sí, Puri, dígame. (...) ¿Desde dónde? (...) ¿Pero qué hace en Noruega? (...) ¡Esto es el colmo! (...) Bueno, bien, pásame la llamada. (...) ¿Pero qué pasa ahora? (...) ¿Quién? (...) ¿Yo? (...) ¿No se habrá confundido? (...) ¿Por mí? ¿Que pregunta por mí? **(Mientras consulta la agenda.)** No sé, no le conozco. (...) ¿Le había citado yo? (...) Bueno, déjelo. De todos modos es igual, ahora no puedo recibirlo. Mire qué es lo que quiere y a ver si puede atenderlo Martínez. (...) Bien, bien, resuélvalo como le parezca. (...) Sí, pásame a Florencio.

(Cuelga el teléfono interior, suena un timbrado y descuelga el otro teléfono.)

¿Florencio? (...) Pero, ¿se puede saber qué haces en Noruega? (...) Te lo he dicho mil veces: a mi hijo no tienes que hacerle ni puñetero caso. (...) Y que habéis tomado la jodía costumbre de hacer las cosas sin consultarme. (...) Toda la tarde estuve en casa, así que me pudiste llamar perfectamente. (...) Fatal, me parece un disparate. (...) Nada, nada, te vienes. (...) Nada, ni esperar a la subasta. (...) Pero, ¿para qué queremos un submarino? (...) Por muy bien que esté de componentes. Florencio, por favor, como toda la vida: compra por kilos lo que vendas por kilos, que así nunca hay engaño. Además, lo sabes de siempre, no quiero operaciones de doble o nada. (...) Claro que me acuerdo del emisor de Marruecos, pero también me acuerdo de los ordenadores de Lyon, de los climatizadores de Niza... ¿Te repaso la lista? Mira, si has depositado, esperas a la subasta y retiras la fianza. (...) ¡Ah!, ¿no es a pliego cerrado? En ese caso, ni ofertar. Te das la media vuelta y para casa. (...) Pues eso. (...) Venga, vale, diviértete. Y no se te ocurra aparecer por aquí con el submarino. (...) Hasta mañana. **(Cuelga el teléfono y descuelga el interior.)** Oiga, Puri, localíceme inmediatamente a mi hijo. (...) ¿Mi mujer? (...) Sí, pásemela, pero localíceme mientras a Carlos. (...) Sí, claro, en el hotel, ¿dónde quiere que esté? Con el cambio de horario... Tiene el teléfono, ¿no? (...) Pero, ¿no le he dicho que lo reciba Martínez? (...) ¿Dónde dice que le mandó? (...) ¿A Burundi? Pero bueno, ¡esto es el colmo! Dígale que me vea en cuanto vuelva. (...) Sí, pero llame a mi hijo mientras hablo con mi mujer. (...) No sé, mire, ahora no me complique, qué sé yo... Dele hora para el martes. (...).

(Cuelga y descuelga sin esperar a que llame. Durante la conversación con su mujer, DON CARLOS separa el auricular para protegerse de la catarata de palabras ininteligibles y vociferantes.)

Sí, cariño. (...) Dime, dime. (...) Pensaba llamarte. (...) Iba a llamarte yo ahora. (...) Acabo de hablar con la niña. (...) ¡Ah!, estás con ella. (...) Ya. (...) Ya. Lo que ocurre... es... que... (...) ¿Yo? (...) Bueno, yo lo decía... (...) ¿Tú crees? (...) No, pero si yo no es que... (...) Claro. (...) Claro, claro. (...) Eso. Luego, sí; luego hablamos. (...) Sí, sí, descuida. (...) Sí, no te preocupes, iré temprano. (...) Que no, que no me entretengo. (...) Adiós, cariño. (...) Adiós. (...) Sí, lo haré, hasta luego.

(Cuelga, suelta una interjección ininteligible y teclea insistentemente el teléfono interior.) ¿Señorita? ¿Oiga? ¿Puri? ¿Sí? (...) Pero, ¿se puede saber dónde estaba? (...) ¿Cómo que las tiene frescas?, ¿que tiene frescas, el qué? (...) Mire, la próxima vez que se pinte las uñas durante las horas de oficina... (...) Pues a la hora del bocadillo, se come usted el bocadillo. (...) ¿Cómo? (...) Pero bueno, ¿aún no lo ha resuelto? **(Poniéndose en pie.)** ¡Me da igual que insista! Le dice que no puedo. (...) Dígame que estoy reunido, qué sé yo. (...) O mejor, que vuelva el martes, que el martes es el día de visitas. (...) ¿Pero por qué precisamente hoy? ¿Y por qué yo? ¿Es que no hay quien pueda atenderlo? (...) ¿Personal? ¿Un asunto personal? Mire, pásame a mi hijo, y déjeme de monsergas. **(Se sienta, cuelga, espera la llamada y descuelga.)** Carlos. (...) Carlos. (...) Sí. (...) Te oigo fatal. (...) Sí, sí, ahora mejor. (...) ¿Cómo? ¿Qué dices de un submarino? (...) ¿Que has comprado...? (...) Olvidalo, ya he hablado con Florencio y le he dicho que no compre. (...) Pues porque me parece un disparate. (...) ¿Otro?, ¿cómo otro submarino? (...) Pero, ¿cómo tengo que decirte que me consultes antes? (...) Pues no hagas nada. (...) **(Para sí.)** Espero que al menos no pretenda meterlo en la piscina. (...) Nada, no he dicho nada. (...) Vale, vale, si está hecho, está hecho, ya veremos cómo escapamos. Y escúchame ahora, que hay problemas mayores. ¿Se puede saber quién le ha metido a tu madre esa idea absurda en la cabeza? (...) ¿Qué idea va a ser?, la de poner un coche reventado en el jardín. (...) ¿Un Luciano Butsi? Querrás decir un coche reventado que yo le vendo a Luciano Butsi en diez mil pesetas y que ahora tu madre pretende que se lo compre en siete millones. (...) A tu hermana también le parece una buena inversión. (...) Menuda familia de papanatas. Puedo estar tranquilo, en buenas manos va a quedar esto. (...) ¡Que estoy anticuado? ¡Encima tienes el descaro...! Vamos, lo que hay que oír, que estoy anticuado. (...) ¡Eso es una majadería! (...) Toda la vida, sí señor, es lo que he hecho toda la vida; empecé con un carro y... (...) ¡Ya, ya sé que te sabes la historia! (...) ¡Vamos, que me vas a explicar ahora dónde está el negocio! (...) Pero qué chatarra artística ni qué chatarra artística, ¿cómo que el futuro está en la chatarra artística? (...) Pues si es una escultura, no me gustan las esculturas. Además, a mí me gustan las estatuas, prefiero una estatua antes que una escultura, mira tú por dónde. (...)

Me da igual, me da exactamente igual, como si es la estatua del Cid Campeador. (...) Pero qué artista ni qué artista, Luciano Butsi es un comerciante, te lo digo yo. Un compraventa, como nosotros. Bueno, como nosotros; muchísimo mejor, ¡qué más quisiéramos nosotros! ¿Sabes lo que te digo? Que delante de Luciano Butsi, yo, me descubro. (...) ¡No, no entiendo de abstracto!, pero de lo que sí entiendo es de Luciano Butsi. Reconozco a un tratante a treinta leguas de distancia. (...) No me lo expliques, ¿eh?, que llevo toda la vida en el trato. Ése firma lo que le pongan por delante. (...) Lo que yo te diga, dice que es un «colage», lo firma y además cobra. (...) Ya, se dice «colach», pero yo digo «colage». ¿Vale? (...) ¿Un artista? Déjame que me ría. (...) Ni una palabra más, no quiero chatarra electrónica y, por supuesto, ni oír hablar de chatarra artística. (...) Eso es. (...) Cuando te sientes aquí y lleves tú el negocio, haces lo que te pete. Ya verás como entonces te lo piensas dos veces. ¡Ah! Y arréglatelas como puedas, pero igual que has convencido a tu madre, ahora se lo quitas de la cabeza. (...) ¡Por supuesto! ¡Como que quien tiene que aguantarla soy yo! (...) No, no, tú te vienes esta misma noche; ya mandaré yo a Florencio para que se encargue del desguace. Está claro, ¿no? (...) Así que en el primer avión te quiero aquí, ¿vale? (...) Pues hasta luego. (...) **(Cuelga.)** ¡Vamos, hombre!

(Trata de relajarse frotándose las sienes. Cierra los ojos, y el zumbido del teléfono interior le hace reaccionar.)

¿Qué pasa ahora? (...) ¿Otra vez? (...) Mire, no tengo tiempo, ¡no lo puedo recibir! (...) Pero, ¡cómo se lo tengo que decir? ¡Quiere que se lo diga cantando? (...) Me da igual, ¡que me da igual lo que quiera! ¡Que no lo conozco! ¡Que no sé quién es! ¿Cómo quiere que se lo diga? (...) ¿Cómo dice? (...) ¿Que quiere...? (...) **(Rompe a reír. Y dice divertido.)** Pero ¿qué pasa, que está chalao? (...) Pero bueno, no es posible. Encima resulta que es un pirao. No, si lo que me pasa a mí no le pasa a nadie. (...) ¿O sea que quiere comprar toda mi chatarra? (...) Pero ¿quién es el figura? (...) Bueno, mire, dígame que entre, que nos vamos a reír un rato. Ya iba siendo hora de que nos pasara algo divertido. Oiga, ¿no será peligroso? (...) ¿Se ve formal? Bueno pues si se ve formal, que pase.

(DON CARLOS acusa los síntomas del infarto y deja caer el auricular, al tiempo que la pared del fondo se abre dando paso a LA MUERTE, la cual se sitúa sobre la mesa de despacho y danza al son del tambor que toca EL ESQUELETO. EL HOMBRE DEL SACO mira curioso, como desconcertado, DON CARLOS va desapareciendo bajo la mesa, bajo el suelo, con la mirada fija en los espectadores.)

DANZA DE LA ÚLTIMA PIRÁMIDE

Salón de palacio, con muebles de distintas épocas. En pie, DOÑA CAROLINA, Marquesa de Tejón, con sus setenta años bien erguidos, viste un vestido antiguo muy escotado. Frente a ella, su ADMINISTRADOR, de avanzada edad, enjuto, encorvado y un punto siniestro, se cubre con un abrigo grueso y ciñe al cuello una bufanda.

DOÑA CAROLINA.- No me replique. **(Pausa.)** No me replique. Le digo que hay que hacerlo y hay que hacerlo. La demolición debe comenzarse de inmediato. Y no le dé más vueltas. En el momento en que estén instaladas las cruces y veletas, al instante, debe comenzarse el desmantelamiento. Yo... agradezco, digamos, su interés, pero no es asunto de su incumbencia. Sé que mi marido habría tenido en consideración su consejo; me consta que gozó usted de la confianza de su familia, como goza hoy de la mía... en cierto modo. Pero al igual que en las veces anteriores, vuelve usted a oponer resistencia. Y sé perfectamente lo que ocurre. Conozco sus temores. Estoy al corriente del riesgo que comporta la situación; soy consciente de las dificultades, y aun así, estoy decidida a afrontarlas.

(El ADMINISTRADOR sube unos peldaños y se acerca al arcón, lo abre, coge un lienzo blanco y camina hacia una silla.)

Tengo muy presentes los servicios que, tanto usted como su familia, han prestado a esta casa. Huelga, por tanto, toda consideración sobre lealtad, desinterés, abnegación y demás cualidades que le honran y que nadie le discute. No dudo de la buena intención de su consejo; lo que ocurre es, simplemente, que no se lo he pedido. Su puesto de Administrador de Vidas y Haciendas le faculta para eso, para administrar; pero nada más. Así que, téngalo en cuenta: no estoy dispuesta a consentir que discuta mis decisiones; máxime cuando, como en este caso, se trata de una decisión irrevocable. Y le advierto que su comportamiento está empezando a incomodarme, pero que muy seriamente. En todo este asunto, su actitud ha sido reticente, nada considerada. Siempre puso objeciones al proyecto; ha estado continuamente entorpeciendo, obstaculizando: en cada detalle, a cada momento. Y no sólo durante las distintas fases de la construcción, sino también, y muy especialmente, durante su demolición y desmantelamiento. No crea que no lo he notado.

(El ADMINISTRADOR, que ha desdoblado el lienzo, lo extiende parsimoniosamente sobre la silla y vuelve hacia el arcón.)

Tanto las veces en que le ordené reemprender las obras, como en las ocasiones en que consideré más conveniente su demolición, usted siempre encontró el modo de mostrar su disconformidad. Sí, ya, ya conozco sus argumentos y entiendo que desde su punto de vista eso sea lo lógico, pero no es su punto de vista el que tiene que prevalecer, sino el mío. Sus objeciones son técnicamente impecables; usted enjuicia el asunto desde su óptica y partiendo de unos supuestos estrictamente económicos, y ahí, precisamente ahí es donde radica su incapacidad para opinar sobre este tema. Sus motivaciones están faltas de altura, de visión política.

(A través de las paredes inexistentes, observamos un paisaje nevado. El ADMINISTRADOR se detiene y la escucha.)

Y no pretenda ver en esto ninguna connotación peyorativa, pero su opinión corresponde con justeza al razonamiento que puede esperarse de un administrador. Sus puntos de vista están faltos de grandeza, de generosidad, de sentido histórico. Lo que para usted es una cuestión que se resuelve en libros de contabilidad, para mí es la antesala de la Historia. Mi visión del problema va más allá de la simple conservación del patrimonio familiar. Y no crea que no me resulta doloroso desprenderme de fincas y regalías, de rentas y usufructos, de todo lo que durante siglos ha pertenecido al Marquesado.

(El ADMINISTRADOR toma dos nuevos lienzos del arcón.)

Le consta que cada vez que ha sido necesario pasar por el trámite humillante de la venta, he sufrido el ultraje en lo más íntimo, sin escatimar generosidad ni sacrificio de ningún tipo. Y no sólo al vender los cotos de Sierra Morena o al subastar los regadíos del Guadiana, por citar los expolios más dolorosos; usted sabe muy bien que cada pequeña huerta de hortalizas sacrificada al proyecto, cada propiedad desgajada del patrimonio, la he sentido en mi cuerpo como una amputación. Mientras usted se limita a reflejar en asientos contables el avance implacable de mi ruina, yo la sufro en lo más recóndito de mi ser. Y entiendo, claro que entiendo su preocupación; usted, por el contrario, nunca podrá entender la naturaleza de mi dolor. ¿Sabe lo que significa...?

(El ADMINISTRADOR deja un lienzo en la banqueta.)

¿Puede imaginar el infinito vacío que se produce en lo más íntimo del joyero cada vez que se pignora una esmeralda o un camafeo, teniendo la certeza de que el final de tan arriesgada operación financiera será malvender la papeleta entre usureros y comerciantes de rapiña? ¿Se figura lo que supone decir adiós para siempre a una diadema que llevamos siglos asegurando que nos la regaló la emperatriz de las Rusias Occidentales?

¿Puede imaginar la humillación que soporto estoicamente, al verme reducida a manipular los alimentos con cubertería de acero inoxidable? ¿Acaso cree que no me preocupa saber que sanguijuelas y prestamistas me acechan y me espían desde todos los horizontes y otras lejanías de ocultarse?

(El ADMINISTRADOR cubre un «tú y yo» de brazos torneados.)

Sé perfectamente qué es lo que puedo esperar de su comprensión: nada. Su único desvelo es recordarme, como una afrenta, la alarmante situación financiera. Fíjese, fíjese en su indumentaria; podría presentarse ante mí sin ese engorroso abrigo, sin ese impertinente abrigo lleno de... de... de insolencias y acusaciones. Podría ir a traje descubierto, pero no: usted procura recordarme a cada momento que estamos en invierno; que estamos en invierno y sin paredes. Si hay algo que jamás me ha perdonado, es que vendiéramos las paredes. ¿Se imagina que para mí las paredes no significan nada? ¿Cree que soy insensible al rigor del invierno? Pero aquí me tiene: escotada, heroicamente escotada como si andáramos sobrados de calefacción. No quiero, no puedo, no estoy dispuesta a renunciar a la compostura por haber tenido que prescindir de las paredes. Bastante doloroso fue desmontar la cantería, desgajar los sillares, descuartizar los emblemas, malvender la heráldica de los sobreportales; para también tener que admitir que nos penetra el frío y el ojo del curioso. ¡Me niego! ¡No soy vulnerable a las miradas transeúntes! Y si gentes de a pie se acercan a observarme, no advertirán en mí desdoro ni titubeo. A usted, en cambio, le falta tiempo para sonreír, para saludarlos con la mano, para permitirse familiaridades que me avergüencen y me confundan. No sólo hace evidente que estamos expuestos a la mirada campesina, no sólo posa para los turistas, sino que además, camina por las estancias de palacio con la bufanda y el sombrero, tiritando y estornudando, con una insolencia inadmisibile. Es más, los días de lluvia, sepa que lo he visto, se permite abrir el paraguas; sí, abrir el paraguas a mis espaldas. Su comportamiento es una acusación. Ni entiende, ni perdona el amor, la dedicación, el éxtasis con que invierto todo mi esfuerzo, todo mi entusiasmo, y lo que para usted es, sin duda, mucho peor, todo mi dinero, en la construcción del glorioso mausoleo, del mausoleo inmortal.

Abierta o taimadamente, de su gestión sólo se han derivado torpezas cada vez que he requerido el concurso de artistas y artesanos exóticos. Estoy enterada de que me tiene en lenguas, que me difama en la taberna, que seguro usted frecuentará; sé que critica el que haya vendido cañerías y sanitarios para pagar al artífice que esculpió las nervaduras de la cúpula celestial. ¿Pero qué suponen cuatrocientos cincuenta kilogramos de plomo al lado de un festoné de piedra en arcos conjugados a cero coma setenta y siete kilómetros quince centímetros sobre el nivel del mar? No, su opinión no me sirve, porque usted ni ama el mosaico bizantino ni se deja iluminar por las vidrieras emplomadas; usted es insensible a la talla policromada, a la plata repujada, al bronce pavonado. Sí, al bronce pavonado. Yo levantaré a hombros de ángeles fundidos en bronce pavonado, ángeles voladores que me elevarán en triunfo sobre la muerte devastadora.

(Sobre la contrariedad en el rostro del ADMINISTRADOR, DOÑA CAROLINA se abre triunfante dominando la situación.)

No, no se sorprenda, sé todo lo que piensa, siempre lo he sabido. Usted odia el glorioso mausoleo porque sabe que el destino de los administradores, su destino, es desaparecer; mientras, por el contrario, los aristócratas, y yo entre ellos, permaneceremos. Lo entiende ¿verdad?, hasta ahí lo entiende; no lo aprueba, pero lo entiende. Lo que escapa a su lógica, lo que le sobrepasa, no es la construcción del mausoleo invencible, sino mi decisión de destruirlo cada vez que la obra llega a su fin. No puede comprender que agote mi fortuna en erigir, una y otra vez, el monumento histórico de mi muerte, y que al culminar con la coronación de la veleta, comience, sin pausa y sin descanso, el desmantelamiento de la obra. Le desconcierta que invierta el signo del esfuerzo y ponga toda mi energía en la devastadora demolición hasta dejar el terreno rasante y desolado.

(El ADMINISTRADOR continúa cubriendo los últimos muebles.)

Me consta que entre los visitantes y turistas, entre las gentes de excursión que me contemplan, ha corrido la voz de que estoy loca. Todos los visionarios de la Historia oficiaron de locos, así que no me importa. Nada como la locura para pisar con firmeza los caminos de la eternidad. Otros, mejor intencionados, piensan que tanta construcción y destrucción es un pretexto para dar de comer a los obreros, que soy la aristócrata generosa que construye y destruye su privadísima iglesia-catedral alentada por motivos socioeconómicos. ¿De verdad me cree tan marxista-leninista? Frío, frío, frío. No, no es por ahí. Nadie sospecha -y usted menos que nadie-, nadie imagina, nadie acierta a entender por qué alto motivo arruino mi hacienda en este frenesí de la albañilería. ¿Quiere saber por qué? **(Ríe.)** ¿Le intriga?

(El ADMINISTRADOR detiene su tarea.)

¿Qué daría por saberlo? ¿Dejaría por fin la letanía de los números rojos y deudores? ¿Sería capaz, al menos, de dejar el abrigo colgado en el perchero? Por tener la certeza de que jamás volverá a estornudar, sería capaz de explicárselo todo. Me agota su reproche incesante, su acusador escalofrío. Tiene que prometerme que jamás me dará consejos negativos y sólo por un segundo le mostraré el secreto; un segundo sólo, y deberá olvidarlo de inmediato. Chis... Nadie debe saberlo; yo misma me lo oculto para mayor seguridad.

(El ADMINISTRADOR se acerca, dando a entender que se aviene al acuerdo.)

Recuerde: nada de nada a nadie. Un pacto de silencio. Entra usted en el secreto y cesa en la discordia. Ni a mí debe decírmelo.

(Juntos, antes de hacerle la confidencia, miran a todos los lados.)

Tejiendo y destejiendo mausoleos, convertida en la Penélope de la piedra, voy burlando la muerte durante el transcurso de los siglos. ¡Me sobrevivo en la continua transformación! ¿No ha visto sus sudarios cómo acechan?, ¿cómo extienden helada su lámina de nácar?, ¿no siente como el viento convierte las rendijas en puñales?

(Los muebles quedan cubiertos por los lienzos.)

Sus uñas, sus punzones, sus agujas, desde el primer momento me persiguen, me acosan, me atenazan. ¡El océano blanco! ¡No! ¡Me niego a naufragar! Cuando la muerte llegue y me visite, yo estaré entregada a mi tarea. Tengo que estar tejiendo y destejiendo sin descanso. Nunca desprevenida. No me sorprenderá en el desaliento. Desalentar sería... como ofrecer la herida para que se acomode la enemiga. **(Acusa el cansancio y se sienta en el canapé.)** Apremia destruir. Colocar la veleta y sin que gire, sin dejar que señale la dirección del viento y de la muerte, destruir sin descanso. Desmantelar la Historia. Demoler la memoria. Arrasar el pasado. Dejar la vida en blanco, desnuda y por hacer.

(El ADMINISTRADOR toma un lienzo.)

¿Lo entiende? Ya sabe mi secreto ¿Quiere aún que repare en medios de fortuna? Conmigo se consume mi riqueza. ¡Incendios! Incendios necesito para escapar del frío, y usted va y se entromete con sus cuentas contables presagiando ruinas donde sólo hay victorias.

(El ADMINISTRADOR desdobra el lienzo. Se aproxima a DOÑA CAROLINA.)

Usted me desmorona los impulsos, me agrieta las ideas. Usted me maniata, me reduce. Con usted la ruina es un cuchillo. **(Se recuesta.)** Antes de que se hincque la veleta en los cuatro dolores cardinales. Antes de que se quiebre el equinoccio de marzo y de septiembre. Antes que la paloma y el jazmín asesino. Antes que atesorar los arrayanes. Alfileres de agua...

(Y el ADMINISTRADOR extiende el lienzo y cubre su voz quebrada. Seguida de DON CARLOS, RAMÓN y LUISA, que caminan ensimismados, LA MUERTE danza al son del tambor que toca EL ESQUELETO. Al pasar junto a DOÑA CAROLINA, EL HOMBRE DEL SACO, que ha vuelto a hacerse con su carga de osamentas, retira el lienzo que la cubre y DOÑA CAROLINA se incorpora a comitiva de la Santa Compañía, que se aleja.)